

CARLOS MARÍA GALLI

LA TEOLOGÍA COMO CIENCIA, SABIDURÍA Y PROFECÍA Palabras en el inicio del Decanato 2002 ¹

En esta Misa damos gracias a Dios por el decanato de Mons. Dr. Ricardo Ferrara, pedimos que el Espíritu Santo nos guíe en esta nueva etapa y situamos el quehacer teológico en la liturgia. En el diálogo con Dios, al escuchar su Palabra y dirigirle las nuestras, aprendemos a pronunciar nuestro discurso acerca de Dios y de toda la realidad en relación a Él. *La Eucaristía es nuestro principal ámbito de encuentro y comunión, especialmente en este día, en el que no habrá un acto académico ni un agape festivo. Luego de saludar a los profesores e invitados, visitaré a los alumnos en sus aulas.*

Agradezco la compañía de todos ustedes: autoridades, profesores, formadores, empleados, alumnos, exalumnos, familiares, amigos. Expreso mi agradecimiento por los saludos que en estos días tantas personas me han hecho llegar de diversas formas. Agradezco en la persona del Gran Canciller, Cardenal Jorge M. Bergoglio sj, la confianza manifestada por quienes intervinieron en mi nombramiento en la Universidad y en la Santa Sede. Agradezco especialmente a mis colegas del Consejo Académico de nuestra Facultad el haberme elegido y el amplísimo respaldo dado con su votación.

Articularé estas palabras en tres momentos conforme a la estructura del tiempo y de la celebración. Quiero *recordar con gratitud el pasado, espacio de experiencia y memoria; asumir con responsabilidad el presente, ámbito de iniciativa y acción; afrontar con esperanza el futuro, horizonte de espera y proyecto. Lo hago confiando en Jesucristo, “el mismo, ayer,*

1. Se entrega el texto escrito completo –corregido– de las palabras pronunciadas al final de la Misa del 9/9/2002.

sores titulares. En cambio, en 2002, las treinta comisiones de los proseminarios –filosóficos y teológicos, obligatorios y optativos– que se dictan en el ciclo básico, son dirigidas por veinte doctores y diez licenciados. ¡Cómo ha crecido nuestro cuerpo docente! En la lista de sus 78 profesores hay 43 doctores, 32 licenciados, 3 profesores. A ellos les agradezco tanto su alto nivel académico como su profundo *sensus Ecclesiae*².

En esta Facultad se alimentó mi amor a la verdad, el estudio, la educación y la docencia, que ya había aprendido de mis padres, don que les agradezco junto con la vida y la fe. Aquí pude asimilar algo de *la herencia de dos generaciones de profesores*: aquellos que “refundaron” la Facultad a partir de 1957, año en el que yo nacía; y los que se incorporaron en el inmediato postconcilio y que promedian los treinta años de docencia. Como no puedo nombrar a todos, los simbolizo en los decanos posteriores a Mons. Dr. Eduardo Pironio: Gera, Villalba, Giaquinta, Maccarone, Zecca, Ferrara.

“Somos como enanos sobre hombros de gigantes y podemos ver más lejos que ellos gracias, precisamente, a ellos mismos” (Pedro de Blois). Debemos recibir y acrecentar el fruto del enorme trabajo de las generaciones que nos precedieron, sobre todo de los que prepararon, realizaron y transmitieron el *Concilio Vaticano II*, acontecimiento decisivo en la Iglesia contemporánea, signo de la renovación de la teología y “brújula” para navegar en el océano del tercer milenio (NMI 57). Al representar un cambio generacional, esta herencia nos exige *mirar más lejos*, hacia adelante y hacia arriba.

Como profesor y decano asumo la incipiente pero rica tradición de la Facultad. Es una *unidad plural* vivida con respeto y paz. Hay un cierto *núcleo común*, realizado diversamente por disciplinas y cátedras, que presta una *atención simultánea* a lo clásico y lo moderno; lo universal y lo particular; lo eclesial y lo secular; lo científico, lo espiritual y lo pastoral; lo positivo y lo sistemático; el pueblo fiel y el magisterio; la investigación y la docencia; la historia y la actualidad; la identidad y el diálogo...

2. Hay muchos signos de este sentido de pertenencia y servicio a la Iglesia. Uno, entre tantos otros, es la colaboración con nuestra *Conferencia Episcopal*. Si observamos sólo la *Comisión Episcopal de Fe y Cultura*, vemos que en el trienio 1999-2002, que ya concluye, hay 36 peritos –permanentes, consultores y censores– de los cuáles 18, o sea la mitad, son profesores aquí. O bien, si consideramos nuestros 21 profesores estables –los más comprometidos con la Facultad– 12 somos peritos de Fe y Cultura.

hoy y siempre (Hb 13,8)”, quien, por eso, es también el Señor de la historia de nuestra Facultad, que en 2015 cumplirá 100 años.

I. Memoria del pasado

Soy un hijo de esta Facultad. Ingresé en ella en 1975 y aquí me gradué de bachiller (1980), licenciado (1985) y doctor (1993). En 1983 comencé a dar algunas clases en la cátedra de Teología Dogmática II, junto con Mons. Dr. Lucio Gera. A él le debo y le agradezco mucho de mi formación teológica y pastoral, simbolizada en la tesis doctoral que él dirigió y que presenté aquí, haciendo una *opción* por la Facultad, que debe ir consolidando sus tradiciones académicas. En 1986, ya licenciado, fui nombrado profesor; desde 1988, al volver de Alemania, he dictado varias asignaturas; en 1996 me designaron profesor estable; luego, como es sabido, fui elegido vicedecano junto al P. Ferrara.

La Facultad de Teología es para mí llamado, opción y destino. Por eso les hago dos confidencias.

1. Nací, fui bautizado y vivo en Buenos Aires. Si bien mi familia vivió mucho tiempo en la diócesis de San Isidro, a la que quiero mucho, durante mi adolescencia estudié y trabajé pastoralmente en la Arquidiócesis. A los 15 años decidí entrar en este seminario porque, si bien vivía en la diócesis vecina, Buenos Aires fue el ámbito eclesial de mi vocación sacerdotal, y porque, siendo adolescente, *quería estudiar la teología aquí*, ya que conocía a varios profesores por charlas y escritos. La *opción por la Facultad* fue decisiva para *ingresar en este Seminario*, en el que me preparé para el ministerio pastoral, al que agradezco todo lo que me dió ante su actual Rector, Pbro. Daniel Fernández.

2. El segundo hecho es signo tanto de mi vínculo con el P. Ferrara como del crecimiento académico de la Facultad. Me inicié como docente en 1979 al ser *llamado* por él a colaborar en su cátedra de Dogmática I, dando un proseminario sobre la antropología cristocéntrica de Juan Pablo II, tal como se manifestaba ya en sus primeros textos pontificios. Yo cursaba quinto año del Bachillerato. Se preguntarán cómo fue posible eso, sin tener el primer grado académico. Los mayores recuerdan bien que en los años setenta era difícil encontrar profesores para todos los cursos. De hecho, también otros alumnos de cursos superiores asistieron a otros profe-

II. Responsabilidad presente

En 1996 y 1999 fuimos elegidos como autoridades dos profesores –presbíteros de esta iglesia de Buenos Aires– que, siendo muy distintos, teníamos varios rasgos comunes, entre ellos estos dos: *un neto perfil académico y un claro compromiso con la Facultad, sólo y siempre con la Facultad*, entendida ésta como el ámbito principal de nuestro servicio a Dios y a su Pueblo. Desde 1996 éste ha sido el espacio de una dedicación prácticamente exclusiva, porque Mons. Ferrara y yo no hemos vuelto a dar clases en otras instituciones. Ahora, al ser *llamado* a ejercer esta responsabilidad directiva, quiero renovar ese compromiso con nuestra institución y compartir con ustedes dos aspiraciones.

1. Prestar el servicio del decanato continuando lo realizado y aprendido durante el sexenio

En otro momento y lugar haré un balance del sexenio, para trazar un cuadro de situación que contribuya a una conciencia común. Es justo y necesario hacerlo, porque en el período del P. Ferrara se han hecho *cambios impresionantes que dejarán una huella profunda en la historia de la Facultad*.

A él quiero agradecerle que haya asumido el Decanato en un momento en el que anhelaba una vida más tranquila, pero cuando la Facultad necesitaba una persona con su autoridad moral y prestigio intelectual. Entonces concluía su carrera de investigador en filosofía en el *Consejo Nacional de Investigaciones científicas y técnicas –CONICET–* y deseaba dedicarse a la teología en su sentido máximo: *el conocimiento del misterio absoluto del Dios uno y trino*. Si asumir esta función lo llevó a salir de su soledad y a postergar proyectos, que ahora retoma con toda su vitalidad, también –como dije en 1990, cuando festejamos sus 70 años junto con nuestro excelente grupo de empleados administrativos– le hizo posible encontrarse a sí mismo como padre al encontrar una nueva y numerosa familia, a la que sirvió con inteligencia y amor. Termina su decanato al cumplir 45 años como profesor, lo que festejaremos próximamente con el claustro docente. *Le agradecemos que haya dado su vida a la Facultad y le pedimos que nos siga enriqueciendo con su sabiduría y consejo*.

Personalmente, lo reconozco como *padre, maestro y amigo*. Me honró con la confianza de acompañar su gobierno constituyendo un sólido grupo de trabajo. Así se robusteció nuestro vínculo intelectual, espi-

ritual y afectivo mediante una actividad que no conoció pausas y que nos llevó a reunirnos incluso en muchos fines de semana. Espero, con la ayuda de Dios y de todos, *poder formar un buen equipo* para el nuevo período y *mantener algunos de sus valores*: la fe profunda, la lucidez intelectual, la seriedad académica, la investigación perseverante, la dedicación responsable, el compromiso institucional, el espíritu y la práctica colegial, la transparencia administrativa, la austeridad presupuestaria, el sentido de justicia, la prudencia al servicio del bien común. Gobernó cumpliendo el art. 13 de nuestros *Estatutos*, que dice: “el gobierno inmediato de la Facultad es ejercido por el Decano y por el Consejo Académico”, logrando el difícil equilibrio entre autoridades personales y colegiadas.

Confirmando las consignas que nos diera al asumir: *el amor a la verdad y al trabajo*, que debemos cultivar docentes y alumnos, directivos y administrativos. Su trabajo incesante me recuerda a otro trabajador intelectual de tiempo completo: el P. Y. Congar, op. En 1988 lo visité en *l'hôpital des Invalides*, donde residió sus últimos años, y le pedí un consejo cuando comenzaba a dedicarme a la teología intensivamente. Recibí como única respuesta: “*trabajar, trabajar, trabajar... diez, doce, catorce horas por día si es necesario*”. En 1987, este gran dominico, de quien también aprendí mucho, confesó: “*Yo le he consagrado mi vida a la verdad; yo, creo, sobre todo, que ella es verdaderamente la señora de mi vida. Yo he escrito esto en el encabezamiento de mis textos: Veritas domina mea*”³.

Esta *cultura del trabajo* requiere la *ejemplaridad intelectual*. Cuando comenzamos con Mons. Ferrara no sabíamos muchas cosas y nos llevó tiempo aprenderlas. Pero intuíamos que la *autoridad institucional* conferida para gobernar la Facultad, en cuanto institución *académica*, debía estar sostenida por la *autoridad moral* de una dedicación completa animada por el amor y por la *autoridad intelectual* de quien persevera investigando y publicando. Porque, ¿cómo estimular a profesores y a alumnos a acrecentar el hábito del estudio, a pesar de tantas obligaciones pastorales, si el Decano y su Vice no dan el ejemplo en medio de sus nuevas y pesadas cargas? La suma de las publicaciones de cada uno en el quinquenio 1996-2001 –que supera los setenta títulos–, las nueve obras conjuntas que editamos, y tantos textos institucionales con los que fatigamos un poco a todos... forman una producción escrita que da testimonio de

3. Y. CONGAR, *Entretiens d'automne. Présentés par B. Lauret*, Cerf, Paris, 1987, 92; cf. C. GALLI, “La teología del Pueblo de Dios en el último Congar”, *Proyecto* 41 (2002) 105-128, especialmente 106-110.

que tratamos de mantener el oficio del intelectual sin dejarnos atrapar por la burocracia del funcionario. Pido a Dios la gracia para seguir por este camino y para recoger estos y otros ejemplos que nos ha dado, nos da y nos seguirá dando el querido P. Ferrara.

En los últimos seis años *la Facultad creció* cualitativa y cuantitativamente –hoy se acerca a los quinientos alumnos, un 62% más que en 1996– gracias al esfuerzo de todos sus miembros y al apoyo de la UCA y de sus autoridades, a quienes agradezco en la persona de su actual Rector, nuestro ex-Decano Mons. Dr. Alfredo Zecca. Ha alcanzado una primera madurez académica, aunque tiene muchos límites y pobreza. *La nueva etapa debe consolidar y –si es posible– mejorar la obra iniciada.* Esto nos compromete a *seguir buscando un excelente nivel académico en la investigación, la enseñanza y la difusión de la teología al servicio del Pueblo de Dios que peregrina en la Argentina y de la nueva evangelización de nuestra nación en medio de esta crisis inédita que sufrimos.*

2. Abrir un nuevo proceso de diálogo y comunión en todos los niveles de la Facultad

Para seguir adelante debemos socializar el proceso vivido en estos años por nuestra institución entre todos sus integrantes y ampliar el ejercicio de la corresponsabilidad por el bien común. El bien común de la Facultad es *el bien de las personas* que la integramos y *el bien de la Facultad* en cuanto comunión de personas en torno a la enseñanza y el aprendizaje de la teología. Como Decano procuraré servir al bien común y, animado por el amor, querer a todos y a cada uno. Me confío a sus oraciones para poder hacerlo bien, ya que soy conciente de mis limitaciones en salud, tiempo, capacidad, temperamento y paciencia. Deseo que me guíe la sabia exhortación de san Benito, cuando escribe en la *Regla* sobre el orden de la comunidad y dice: *iuniores diligere, seniores venerare* (RB cap. 63). Quien ejerce la autoridad debe promover la caridad entre todos, tanto un amor de dilección y ternura hacia los jóvenes, como un amor de respeto y veneración hacia los mayores.

En el último trimestre *iniciaré un proceso de diálogo abierto con todos los que pertenecen o están relacionados con la Facultad.* Espero que sirva no sólo para ordenar la escucha de demandas personales y sectoriales –que no faltarán–, sino y sobre todo, para *impulsar un vivo intercambio* que nos permita mirar juntos la Facultad y nos ayude a discernir propuestas útiles para seguir creciendo.

Esta Facultad es una institución académica eclesial que, como toda la Iglesia, está invitada a ser “*casa y escuela de comunión*” (NMI 43). En este punto me dirijo especialmente a los *alumnos* y las *alumnas* de todas las carreras y ciclos: pertenecen a una Facultad latinoamericana que reúne una gran variedad de personas, vocaciones, carismas, comunidades, diócesis, culturas, situaciones, provincias, países y continentes. Esto es una expresión de comunión católica y una preciosa experiencia formativa. En un mundo globalizado y en un país fragmentado *debemos aprovechar este don para forjar una teología, una espiritualidad y una pastoral de comunión.* Nuestra Facultad de Teología, que pertenece a la *Conferencia Episcopal Argentina*, debe ser, en pequeña escala, una *imagen viva* de la Iglesia, que es: Familia de familias, Comunidad de comunidades, Pueblo de pueblos.

III. Horizontes futuros

No es el momento de trazar proyectos porque trataré de continuar lo ya puesto en marcha y porque las nuevas iniciativas requieren tiempo de maduración. Prefiero atisbar algunos *horizontes* recordando que la teología es, a su modo, *ciencia, sabiduría y profecía.* La teología es ciencia –y sabiduría y profecía– de la fe. Pero, por la *circularidad* propia de la vida teologal (ST I-II,62,4; II-II,17,6-8), se puede decir que la teología entiende una fe animada por el amor y sostenida por la esperanza. Aquí vincularé cada una de esas dimensiones teológicas con una de estas tres virtudes teologales, pero evitando una delimitación estricta y artificial. *La teología es, de un modo absolutamente original, ciencia de la fe, sabiduría del amor y profecía de la esperanza.*

1. La teología como ciencia: *scientia fidei*

En Atenas san Pablo habló del Jesús de Dios y del Dios de Jesús en la sinagoga, el ágora y el areópago (Hch 17,16-34), ámbitos diversos de predicación, enseñanza y discusión, cada uno a su modo. Allí anticipó *otros tres lugares* donde se ha ejercitado la teología, de forma diversa, en la historia de la Iglesia: *la intimidad del templo, la publicidad de la plaza, la comunidad de la universidad*⁴.

4. O. GONZÁLEZ DE CARDEDAL, *El lugar de la teología*, Real Academia de Ciencias Morales y Políticas, Madrid, 1986, 50-51,67-68.

La teología se desarrolló como ciencia al adquirir *status* universitario en la alta edad media. El paso de las escuelas monásticas, catedrales y conventuales a la *comunidad universitaria de profesores y alumnos* fue el contexto institucional para que el *intellectus fidei* se volviera *scientia fidei* (FR 65). Al considerarla como “ciencia” –cuestión debatida desde el siglo XIII, que no podemos abordar aquí– indico sólo dos horizontes: *el nivel académico y el diálogo interdisciplinar*.

1) La teología es ciencia de la fe porque, a partir de los datos objetivos de los principios revelados, piensa con todos los instrumentos de la razón, convertida en “razón teológica”⁵. Como ciencia de la revelación de Dios acogida por la fe de la Iglesia ella ha de formar una *docta fides*, cultivando un saber racional científico –teórico, riguroso, fundamentado, discursivo, crítico, metódico y sistemático– enseñado y aprendido en una universidad. Pertenece a una *Facultad eclesiástica pontificia*, que le ha dado carácter “pontificio” a la UCA. En la Carta que acompaña el Decreto que confirma mi nombramiento, la *Congregación para la Educación Católica* me augura “*un proficuo lavoro accademico-scientifico a favore della Facoltà*”. El cultivo de la teología a nivel universitario, en una Facultad eclesiástica, nos distingue tanto de un centro no universitario de estudios teológicos, diocesano o religioso, como de un instituto terciario o universitario de teología reconocido sólo a nivel civil.

2) Nuestra plena inserción en la *Pontificia Universidad Católica Argentina*, vista como *universitas studiorum*, que ha sido completada por los dos últimos decanos, nos exige avanzar en el *intercambio de saberes* que caracteriza el actual desarrollo científico. En su raíz, este desafío nos incumbe justamente por cultivar la ciencia teológica, que es participación en el conocimiento que Dios tiene de sí y de todas las cosas en sí, fuente original de la verdad que las ciencias buscan. Con Tomás de Aquino pienso que la teología participa de la “*scientia Dei et beatorum*” (ST I,1,2) y considera toda la realidad “*desde el punto de vista de Dios*” (ST I,1,7), según su relación con lo que es digno de ser revelado para la salvación del hombre (ST I,1,1). Con Francisco de Vitoria sostengo que “el deber y la función del teólogo es tan vasto que ningún argumento, ninguna discu-

5. M. D. CHENU, *¿Es ciencia la teología?*, Colección Yo sé - yo creo 2, Casal I Val, Andorra, 1959, 60.

sión, ninguna materia parecen ajenas a su profesión”⁶. Por eso debemos animarnos a pensar tantas cuestiones a la luz de la revelación cristiana y en un *diálogo interdisciplinar* con la filosofía, la historia, las ciencias y las artes.

2. La teología como sabiduría: *sapientia amoris*

En *Fides et Ratio* Juan Pablo II entiende la sabiduría en varios registros: popular, filosófica, evangélica, teológica, mística, divina (FR 3, 6, 19, 23, 44, 102, 105). Arraigados en la tradición sapiencial bíblica y eclesial, afirmamos que *la teología es sabiduría eminente*. “La teología es *sabiduría perfecta*, que comienza en la *causa suprema* en la que termina el conocimiento filosófico... Y en la teología se halla el *sabor perfecto*, la vida y la salvación del hombre”⁷. Ella es sabiduría que brota de la fe, porque participa de la Sabiduría de Dios encarnada en Cristo y saboreada en el Espíritu. El clásico círculo hermenéutico de la teología “*credo ut intellegam*” - “*intellego ut credam*” se reformula a partir de la figura mediadora de la sabiduría: es “*una fe que busca y sabe entender*” (*fides sapiens intelligere*) y “*una inteligencia que busca y sabe creer*” (*intellectus sapiens credere*)⁸.

El saber es saborear místicamente el sentido de Dios y, desde Él, el sentido del hombre y el mundo. El Espíritu Santo eleva la sabiduría teológica para alcanzar un *conocimiento connatural, sabroso y amoroso de Dios*. Cuando las cosas divinas se saben por amor, “no solamente se saben, mas juntamente se gustan”⁹. El *don de la sabiduría* perfecciona la fe porque corresponde a la caridad, que lleva a conocer por *cierta unión con Dios* (ST II-II,9,2, ad 1um). Recordando a Dionisio, Tomás dirá que “las cosas divinas no sólo se dicen sino que también se padecen” (ST II-II, 45,2). A partir de la comprensión de la teología como sabiduría señalo sólo tres horizontes: *la relación entre teología y espiritualidad, el arraigo en la sabiduría del Pueblo de Dios, el primado de la caridad*.

6. FRANCISCO DE VITORIA, *Reelectio de potestate civili*, en *Reelecciones teológicas del maestro fray Francisco de Vitoria*, Imprenta La Raza, Madrid, 1934, t. II, 171; cf. *Reelectio de indis I*, Intr, 8; Consejo Superior de Investigaciones Científicas, Madrid, 1967, 11.

7. SAN BUENAVENTURA, *Breviloquium* 1, 1, 3; cf. SANTO TOMÁS DE AQUINO ST I, 1, 7: “maxime dicitur sapientia”.

8. R. FERRARA, *¿Qué filosofía?, ¿qué fe?, ¿qué diálogo?*, en UCA, *Fe y Ciencias*. Jornada del 8/10/1997, EDUCA, 1998, 109-121.

9. SAN JUAN DE LA CRUZ, *Cántico Espiritual, Prólogo, Obras Completas*, Monte Carmelo, Burgos 1972, 1129.

1) La sabiduría reclama la *síntesis vital entre espiritualidad y teología que enseña san Buenaventura*:

“...invito al lector al *gemido de la oración por medio de Cristo crucificado, que nos purificó con su sangre, para que nadie crea que le basta la lectura sin la unción, la especulación sin la devoción, la búsqueda sin la admiración, la observación sin el júbilo, la actividad sin la piedad, la ciencia sin la caridad, la inteligencia sin la humildad, el estudio sin la gracia divina, la investigación sin la sabiduría inspirada por Dios (sapientia divinitus inspirata)*”¹⁰.

2) *La sabiduría teológica arraiga en la sabiduría teologal del pueblo cristiano*. El lugar de la teología se debe ampliar desde el templo del corazón hasta el santuario viviente del Pueblo de Dios en el mundo, con su sabiduría y su religiosidad, culmen de la naturaleza racional del hombre (GS 15, FR 33 n. 28). Desde allí también debe partir y hasta allí también debe llegar nuestro quehacer intelectual. De allí debe partir, porque la teología busca, según el Concilio y el Papa, “por qué caminos puede llegar la fe a la inteligencia teniendo en cuenta la filosofía o la sabiduría de los pueblos” (AG 22, FR 69 n. 92). Allí debe culminar, pues “el oficio del teólogo debe ser ejercitado para edificar la comunión eclesial, a fin de que el Pueblo de Dios crezca en la experiencia de la fe” (SCh, Intr, IV). Éste es el camino de una *inteligencia inculturada de la fe* que respete tanto la universalidad de la fe y de la razón, como la tradición eclesial y el arraigo cultural, matrices en las que se desarrollan la teología y la filosofía como saberes universales e inculturados. En el documento final de una reunión convocada por el *Consejo Episcopal Latinoamericano* y la *Congregación para la Doctrina de la fe*, las autoridades de ambas instituciones y un grupo de teólogos dijimos: “se debe proseguir en el camino de la inculturación de la reflexión teológica para que sea plenamente católica y latinoamericana”¹¹.

3) *La teología debe desarrollarse como “sapientia amoris”*. Si cultiva “la fe que actúa por medio de la caridad” (Gal 5,6), ella se vuelve *intellectus amoris et misericordiae*, sabiduría contemplativa y práctica (ST II-II, 45,3, ad 3um) que manifiesta tanto en el conocimiento como en la acción

10. SAN BUENAVENTURA, *Itinerarium mentis in Deum*, Prol. 4; *Opera Omnia*, V, Ad Claras Aquas 1891, 296.

11. CELAM, *El futuro de la reflexión teológica en América Latina*, Colección Documentos CELAM 141, Bogotá, 1996, 367.

que “*Dios es Amor*” (1 Jn 4,8), “*rico en misericordia*” (Ef 2,4). La sabiduría, comprendida como *docta caritas*, nos enseña que “*lo más grande es el amor*” (1 Cor 13,13). Así trasciende el amor a la sabiduría en la sabiduría del amor, pues “*aunque tuviera el don de la profecía y conociera todos los misterios y toda la ciencia, aunque tuviera toda la fe... si no tengo amor, no soy nada*” (1 Cor 13,2). Esto lo debe recordar el alumno, el profesor y el decano de una Facultad de Teología.

3. *La teología como profecía: prophetia spei*

El discurso teológico revelado, ya desde la Sagrada Escritura, se ha desarrollado en dos direcciones y en dos lenguajes en constante conexión: la sabiduría y la profecía¹². *La teología es también profecía, comunicación de la Palabra de Dios en la historia y comprensión de la historia a partir de la acción salvífica de Dios cumplida en Cristo*. La profecía interpreta la historia desde la Palabra: un hecho recibe su sentido desde una secuencia que le precede y una dirección a la que apunta. Interpretar es captar un “sentido” presente en la realidad histórica, ubicando los acontecimientos en una trama que tiene su origen, centro y fin en Cristo, “el Alfa y la Omega, el Primero y el Último, el Principio y el Fin” (Ap 1,8). Por eso la teología profética cristiana intenta *discernir* el tiempo (Lc 12,54) e *interpretar* sus signos (Mt 16,3) a la luz del Futuro absoluto inaugurado en la muerte y la resurrección de Jesucristo. Desde la profecía, entendida como teología histórica y pastoral en sentido amplio, señalo otros dos horizontes: *interpretar los signos de los tiempos y dar razón de la esperanza*.

1) La profecía presta un servicio pastoral al decir una palabra significativa en “*la plaza pública*” de la cultura y la sociedad, donde se debaten las grandes cuestiones de nuestra nación, cuando crecen el empobrecimiento, la exclusión, la desconfianza. Debe interpretar y discernir los dramas que afligen la vida de personas, familias y pueblos, ayudando a *leer los nuevos signos desde una fe pensante*. El teólogo –decía Gera en el primer número de nuestra revista– es “un hombre con funciones públicas, habitante del centro de la ciudad, representando a una Iglesia que milita dentro de una cultura”¹³.

12. G. LAFONT, *La Sagesse et la Prophétie. Modèles théologiques*, Cerf, Paris, 1999, 15.

13. L. GERA, “Presentación”, *Teología* 1 (1962) 4.

2) La teología puede verse como *intellectus spei*. Dios es la fuente absoluta de la esperanza porque es nuestra Felicidad total y definitiva. La teología es *docta spes* cuando profundiza su fundamento en la sabiduría, la bondad y el poder de Dios¹⁴. La esperanza se expresa en la oración que espera recibir todo de Dios. Para Tomás “*petitio est spei interpretativa*” (ST II-II,17,2,2um). La teología, considerada como servicio a la vida de la Iglesia y del mundo, también debe ser, a su modo, “*spei interpretativa*”, desarrollando una hermenéutica de la esperanza del Pueblo de Dios peregrino. Una teología más profética ilumina el presente al abrirlo al futuro y así ayuda a los cristianos a estar “*siempre dispuestos a dar respuesta a todo el que les pida razón (logos) de su esperanza (elpís)*” (1 Pe 3,15). Dar razón es justificar racionalmente, expresar dialogalmente y declarar públicamente el fundamento de nuestra fe esperanzada y amante. La “razón del creyente” (FR 73) es una “razón creyente” que testimonia con signos y argumenta con razones lo que cree, espera y ama. Una Facultad abierta a todos, pero preocupada por formar jóvenes pastores, consagrados y consagradas, laicos y laicas, debe “saber dar a las generaciones venideras razones para vivir y para esperar” (GS 31).

La teología es scientia fidei, sapientia amoris, prophetia spei: debe cultivarse como ciencia de la fe con rigor académico en la comunidad universitaria de la Facultad, elevarse como sabiduría del amor nutriéndose espiritualmente en la intimidad del templo vivo del Pueblo de Dios, y proyectarse como profecía de la esperanza iluminando pastoralmente el servicio a la plaza pública de la sociedad y la cultura. Para recibirla y comunicarla así, me vuelvo hacia la imagen de la Inmaculada Virgen María, que da el nombre al Seminario, a la Parroquia y a nuestra Facultad. Nos confiamos a la Madre de Dios, Virgen Inmaculada y Sede de la Sabiduría, sabiduría del corazón y corazón de la sabiduría.

14. B. FORTE, *La teología como compañía, memoria y profecía*, Sígueme, Salamanca, 1990, 187 y 199.